

Comentarios a la reseña de Vicent Gozálvéz sobre *Pedagogía de la acción común*

Gracias a la revista *Teoría de la Educación* por dedicar atención a esta obra y por permitirme además tomar la palabra tras la presentación y comentarios que tan amablemente ha escrito el profesor Vicent Gozálvéz. Agradezco sinceramente a la revista y al comentarista la oportunidad, porque recibir una opinión tan completa y bien argumentada cumple al menos con una triple función: ayuda a difundir el libro, algo bueno para las ideas que propone y para la precaria situación de las editoriales, pero principalmente los comentarios críticos cumplen con la función de ayudar al autor a mejorar y a la comunidad de lectores a tomar algunas precauciones y, por último, la lectura de la obra que propone el comentarista suele contribuir a que el autor llegue a conocerse mejor a sí mismo, incluso que entienda mejor lo que ha realizado y lo que todavía le queda por hacer. La reseña ha cumplido con estas funciones y estoy muy agradecido.

¿Qué añadir a lo dicho por Vicent Gozálvéz? Poco, muy poco, pero vayamos por partes. Los primeros párrafos de su comentario aclaran acertadamente el marco mental desde el cual se ha escrito el libro: la situación de partida que le da sentido y los objetivos que persigue. Hoy la educación democrática es tan necesaria como lo ha sido siempre, aunque quizás tengamos una sensación muy justificada de urgencia a causa de las múltiples y graves dificultades por las que atraviesan nuestras sociedades: la desigualdad ha aumentado y con ella

las consecuencias negativas que se le asocian, la agresión al medio natural nos ha conducido a una situación insostenible que requiere profundos cambios en nuestra forma de vida y producción, y la democracia es laminada, embrutecida y cada día ocupada en mayor medida por posiciones autoritarias que la ponen en duda desde sus raíces. Junto a estos problemas y quizás como su causa profunda, encontramos principios como el individualismo, la búsqueda insaciable del propio interés y beneficio, la competitividad sin fin, la libertad de emprender sin límites ni trabas, y el juicio del mercado en todos los ordenes de la vida. Unos criterios que se han convertido en fuerzas antropológicas que dan forma a la sociedad y a los seres humanos. ¿Qué oponer a la acción calculadora que se ha adueñado de la vida? Sin duda democracia y educación democrática; una educación democrática atenta a las tradiciones que ya atesora, pero abierta también a ideas y valores necesarios para hacer frente al economicismo y a las actuales derivas autoritarias.

Junto a los problemas suele aparecer el germen de las soluciones. Hoy es muy provechoso rastrear experiencias y teorías que ofrecen elementos para perfilar un tipo de acción humana capaz de contrarrestar el individualismo competitivo y antidemocrático que nos ha colonizado. Un poco por todas partes encontramos un universo alternativo de prácticas y valores que refuerzan lo común y lo cooperativo: la ayuda mutua, la cultura del cuidado, el don como forma de intercambio, la gestión cooperativa de los bienes comunes, la inteligencia

colectiva y el conocimiento compartido, la acción comunitaria y las prácticas deliberativas, y también el reconocimiento del mundo que inevitablemente compartimos; en fin: algunas formas de *acción común*. Un dinamismo social que articula diferentes momentos: la definición de un reto colectivo; la formación de un grupo humano comprometido y capaz de amistad, diálogo y cooperación; el diseño y la aplicación de un proyecto de intervención pensado para paliar el problema; y la cesión gratuita de los bienes producidos a la comunidad. Un dinamismo que ha actuado y actúa como motor de humanización, que no podemos olvidar y que conviene incorporar como uno de los componentes esenciales del proceso educativo. Como certeramente ha señalado Vicent Gozálvez, la acción común proporciona una nueva capa de valor a la educación democrática. Los principios para una teoría de la educación atenta a la acción común que se apuntan en el libro no son novedades desconocidas, sino elementos que crecen por todos los rincones del sistema educativo. El aprendizaje servicio es una de las propuestas que ha sistematizado y ejemplificado con claridad la idea de la acción común en el ámbito educativo, pero también encontramos el dinamismo de la acción común en otras experiencias como las mentorías y la ayuda entre iguales, las propuestas intergeneracionales, la ciencia ciudadana, los proyectos de investigación con proyección social, las clínicas jurídicas, así como múltiples propuestas de educación ambiental, de educación para la justicia global o para la salvaguarda del patrimonio, por citar algunos ejemplos.

Para acabar estas primeras consideraciones, aprovecharé las palabras de Freire para afirmar que la pedagogía de la acción común no cambia el mundo, pero puede contribuir a cambiar a las personas que quizás lo cambiaran. Una pedagogía de la esperanza que confía en la cooperación.

La segunda parte de la reseña se refieren a una cuestión más concreta, aunque de importancia capital: la ética de la acción común, sus valores y fines. Un tema que, por otra parte, desde los primeros autores del pragmatismo, de quienes nos sentimos deudores, ha acumulado malentendidos y críticas. Quizás no sea sencillo argumentar que se considera improbable la fundamentación última de los valores y a la vez se está comprometido con los valores que inspiran la acción común. Quizás tampoco resulta evidente considerar inapropiado el subjetivismo, el relativismo o el nihilismo y a la vez defender que los fines de la acción común han de fijarse reflexivamente en el interior de cada situación singular y para cada problema concreto. Ni valores objetivos ni relativismo, sino valores que deseamos compartir y fines fijados conjuntamente tras considerar la situación y el contexto en el que se desarrollará la acción.

Creo que Richard Bernstein nos ayuda con una mirada serena y positiva. En su obra *Más allá del objetivismo y del subjetivismo* (Buenos Aires, Prometeo Libros, 2019) nos dice que nuestra cuestión y otras parecidas se deben a la dificultad de salir de la *ansiedad cartesiana*; a la dificultad de superar la siguiente alternativa: o bien tenemos

fundamentos sólidos y valores fijos que guían la conducta más allá de las circunstancias históricas concretas, o bien nos enfrentamos al abismo relativista del *todo depende*, donde no es posible dar un valor superior a ninguna opción. El reto es superar esta alternativa. Y hacerlo salvando la voluntad de compartir valores que amamos, aunque no se disponga de un fundamento que les de seguridad. Y salvando también la convicción que no todo vale por igual, aunque no tengamos una solución definitiva y segura para cada situación problemática. Por tanto, el compromiso ético reside en la búsqueda compartida de valores y fines tentativos que permitan enfrentar reflexivamente los problemas que surgen en las situaciones particulares de vida. Sin embargo, para mantener esta posición ética —pensar y actuar ante los problemas— es preciso disponer de un procedimiento que permita proponer valores y fines de modo inteligente. Alcanzar ese procedimiento reflexivo que debería ser cordial e intersubjetivo supone de modo ineludible entrar en el universo del diálogo, el debate, la conversación y la deliberación en busca de lo que tenemos en común o de lo que podemos construir en común. Aquí reside el reto de la ética de la acción común: substituir las seguridades absolutas y los relativismos absolutos por el compromiso de alcanzar juntos acuerdos en valores y fines que nos permitan optimizar la vida. Por tanto, personas y grupos con puntos de vista distintos pueden encontrarse trabajando juntos y sin mayores dificultades en el diseño y la implementación de prácticas que cristalizan valores y activan

fines compartidos. Pueden hacerlo sin traicionarse y quizás aplicando el valor de la cordialidad y procedimientos intersubjetivos.

Centrándonos en la acción común, tenemos dos espacios para los cuales debemos encontrar ese camino de reflexión cordial e intersubjetiva que permita ir más allá de la dicotomía objetivismo versus relativismo: primero, el espacio de los valores que dan forma al dinamismo de la acción común y, en segundo lugar, el espacio de los fines a perseguir cuando la acción común se enfrenta a una dificultad singular.

En relación a la primera cuestión, sabemos que la acción común es un dinamismo social y educativo que manifiesta una alta densidad de valores, unos valores que han ido dando forma a cada uno de los pasos de esa práctica social y educativa. Pero son valores que no podemos justificar con principios últimos y razones definitivas, son valores que se proponen contando con el apoyo de una tradición que ha logrado aciertos, con el resultado positivo de ensayos y deliberaciones actuales, y siempre con la convicción que servirán para hacer frente a las dificultades que plantea hoy el individualismo posesivo. Sin embargo, sabemos que son valores a desarrollar y a imaginar con mayor riqueza cualitativa, a aplicar de un modo más adecuado y quizás en algunas situaciones a ceder su protagonismo en favor de otros más apropiados para las futuras circunstancias. Convicción, compromiso y disposición a revisarlos.

En cuanto a los fines y trayectos de la acción común, la argumentación es

parecida. No hace falta contar con fines dispuestos que guíen la acción humana de modo previsible ante cualquier situación compleja. Los fines y los trayectos deben determinarse de forma deliberativa para cada situación singular. Y de nuevo cada uno de los participantes en la deliberación aportará lo mejor de sus convicciones y juntos podrán avanzar en búsqueda de las mejores soluciones. Donde mejores no expresa seguridad o garantía, sino tan solo haber alcanzado un acuerdo falible entre participantes que tienen deseos quizás contrapuestos, pero que conservan la disposición al diálogo y la reflexión compartida.

Para acabar, insistir en que acierta Vicent Gozávez cuando afirma que al fin y al cabo en el núcleo de la cuestión ética de la acción común encontramos una y otra vez la intersubjetividad. Creo que por ahí anda mi *lenguaje último*, quizás difícil de fundamentar pero también de abandonar: reconocimiento del otro en el cuidado, el diálogo y la cooperación, y confianza en la fuerza de la acción común para mejorar el mundo. Quizás en esto podemos encontrarnos y trabar amistad durante la tarea, incluso con aquellos que parecen más distantes.

Josep M.^a Puig Rovira
Universidad de Barcelona